

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.



LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS,

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

LA INVASION DE LOS REBELDES.

UN VIAJE EN LOS CARROS DE FILADELFIA A WASHINGTON.

(Finaliza.)



A JÓVEN que poco antes habia atacado maliciosamente á la hilandera, murmuró algo que parecia significar: «Lástima tendria al rebelde que tomara semejante persona por esposa; pero, asustada como estaba, fué menos agresiva que al principio del viage, y no pareció cuidarse de si su observacion habia sido oida por la persona que la ocasionara.

Esto, por supuesto, tuvo efecto en ménos tiempo del que yo empleo para referirlo. El jóven de Washington habia salido de los carros cuando estos se detuvieron. Llevaba en la mano su pistola, y parecia desear una oportunidad de hacer uso del arma mortal contra el enemigo. Se nos dijo, finalmente, que

debiamos permanecer algun tiempo en el sitio donde estábamos. Habia un obstáculo en la línea y no podiamos proseguir hasta que fuese removido. Esto nos lo dijo el conductor que era un hombre poco agraciado, trigueño y áspero en sus maneras. Contestaba á las preguntas de los pasajeros con poca cortesía, y no pudo asegurar si habia algun peligro que temer por parte de los rebeldes. Sus reticencias tan poco amables, hicieron á las señoras creer que habia peligro inminente de caer en manos de los súcios secuaces de Jefferson Davis. El oficial habia sido obligado á retroceder y no parecia poseer tanto aplomo como cuando nos aseguró al principio que no habia peligro.

—Y bien, dijo la vieja toda afanosa, ¿qué es lo que sucede, señor oficial? Ese conductor va á hacer que nos den soponcios.

—Señora, respondió gravemente el soldado; esta no es hora de chanzas. No me atrevo á engañaros. Mucho temo que estemos en poder del enemigo. Varios soldados, libres bajo palabra, acaban de decirme que toda la línea está en poder de los rebeldes; que han interceptado completamente nuestras

fuerzas y tomado medidas para apoderarse de los trenes que vayan llegando. No temais, sin embargo, por vuestras vidas; ¡oh, no! los del sur aunque rebeldes, no tratan á sus prisioneros con crueldad: interceptan los carros y se llevan el dinero y las joyas que pueden encontrar. Es verdad que se llevan á las señoras que poseen notable belleza; pero esto sucede muy rara vez y solamente con las que tienen una magnífica cabellera, como, verbigracia, esta señora.» Dijo esto designando á la hilandera que le escuchaba, y parecia la imagen del desaliento. Pero creo, prosiguió el oficial, que son implacables con los abolicionistas y con las personas que llevan armas, quiero decir, armas ocultas.» En ese momento oimos la detonacion de un cañonazo y los pasos acelerados de un cuerpo de tropas que se acercaba. Estas se agolparon á nuestro carro, abrieron la puerta y entraron. A la cabeza venia un hombre alto, de voz áspera y bronca y que llevaba un sombrero de alas gachas. Yo comprendí que seria inútil toda resistencia, y aguardé tranquilamente á que me despojaran de todos los objetos de valor que llevaba conmigo.

—«Venid, venid, dijo el gefe rebelde; ánimo señores: ¿Hay aquí alguno de los del Tío Tomás? ¿Dónde se halla?»

—«Oh señor, dijo el predicador: aquí hay un oficial: es el único militar que hay en el carro: los demás somos gente pacífica, esceptuando al oficial: allí está; pero no lo veo. Y miró con ansiedad poseído de un sentimiento muy distinto del que debe animar á un verdadero cristiano. «Cómo! debe haber escapado,» añadió casi gruñendo el buen hombre.

—Bien, bien, replicó el rebelde, pronto lo encontraremos: uno mas ó menos hace poca diferencia. ¿Hay aquí algun abolicionista? Y el tono de voz de aquel hombre al decir eso era realmente espantoso. Hizo una pausa; pero nadie contestó.

—Usted, señor, es predicador: ¿no es así? y me atrevería á decir abolicionista. Ola! Vd. es exactamente de la estofa de los que andamos buscando. Yo deseo hacer un ejemplar colgando á unos cuantos de ustedes.

—Pero, señor, balbuceó el predicador, yo no soy abolicionista: yo estoy en favor del Sur y de sus imprescriptibles derechos. Dejad á los contrabandos vivir en su esfera..... yo.....

—Usted es un hipócrita, dijo el oficial de la ronca voz, estoy seguro de ello: pero si Vd. renuncia á sus tendencias abolicionistas, y jura no hacer armas contra la Confederacion del Sur, le dejaré en libertad.

—¿Yo tomar armas contra mis hermanos del Sur? exclamó el predicador; jamás, jamás!

—Esté Vd. quieto, dijo el rebelde. Ea, muchachos! añadió dirigiéndose á sus tropas, aquí hay algunos *malakoffs*.

A esas palabras los muchachos invadieron el carro lanzando salvajes alaridos. El oficial les hizo seña de que retrocedieran y dirigiéndose á las señoras dijo tomando una lámpara:

—Ahora, señoras, venid una á una, y veremos lo que se ha de hacer con vosotras.

La vieja se adelantó hácia el rebelde con gran resolucion.

—Ustedes son una bella muestra de hidalguía: venir á amedrentar á una pobre mujer: nada me importan ustedes, dijo la anciana como si en realidad fuese así.

—Buena jamona, dijo el oficial; mucha locuacidad, pero hermoso casco viejo.

—Casco será él, rufian rebelde, replicó la vieja montando en cólera.

—Vamos, vamos, señora, tome Vd. asiento. Usted está en regla. Ahora aquella chica guapa que está sentada allí.

La hilandera hizo un movimiento creyendo que habia llegado su turno, pero se retrajo y permaneció sentada:

—Vive Dios que no he de permitir que se burlen de mí, dijo el rebelde: adelante, señora, ó mando á mi gente que se apodere de vos de una vez.

—Dios mio! Dios mio! dijo suspirando la hilandera; y avanzó con repugnancia hácia la luz, lo cual, no obstante

el peligro de nuestra situacion, arrancó una carcajada general.

El miedo habia vencido á la vanidad, y la pobre mujer se hallaba *reducida* á su verdadera apariencia. Los rizos habian desaparecido. Apénas le quedaban algunos cabellos y éstos encanecidos. Los hermosos rizos estaban en el saco de la vieja. El rebelde se echó á reir al verla.

—Está Vd. libre, buena anciana: dijo el oficial acentuando imperceptiblemente las últimas palabras. Y ahora veamos á esos individuos que tienen armas en su poder. Adelante, caballeros: entregad vuestras pistolas y cuchillos, ó será peor para vosotros. Adelante digo!

Todos miramos en derredor buscando al valiente de Washington. Habia desaparecido, y sin embargo, pocos momentos antes se hallaba con nosotros. El rebelde avanzó y dijo en voz alta y con tono de enfado:

—¿Dónde está ese jóven que he visto aquí? He de encontrarlo aunque tenga que quemar el tren. Por Júpiter que he de encontrar al.....

—Aquí estoy, dijo una voz sofocada.

Y entre un monton de chales y cobertores se vió escondido al *fire eater*, todo envuelto, y con intencion evidente de ocultarse. El rebelde lo tomó por un brazo y lo sacó de su escondrijo.

—¿Tiene Vd. algunas armas?

—Oh! no, querido mio!

—No mienta V.: ¿dónde está su pistola?

—No tengo ninguna, lo aseguro á V.

—Ea, muchachos, ahorcad á este hombre en el árbol mas cercano.

—Oh! yo la encontraré, yo la entregaré: está en su bolsillo; y diciendo esto señalaba á la vieja de aspecto jovial.

—Aprehended á ese hombre, dijo aquella levantándose, por haber puesto su pistola en mi bolsillo, y al espresarse así sacaba el arma manteniéndola á toda la distancia de su brazo como si fuera un reptil venenoso.

—Todo está listo, dijo el conductor, que en aquel momento entraba en el carro.

—Muy bien, dijo el rebelde: ahora, muchachos, cada uno á su puesto.

Los soldados salieron del carro y el gefe se acomodó en un asiento, tomando el chal del predicador, con el cual se hizo una cama agradable.

—Ahora vamos á seguir viaje, dijo. Procurad acomodaros del mejor modo posible; y estendiéndose sobre el asiento se quedó dormido.

La locomotora emprendió su carrera y poco despues comenzó á amanecer. Con gran sorpresa observé que la bandera federal ondeaba todavía en el Capitolio.

—¿Qué significa esto, y por qué sigue custodiándonos este oficial rebelde? El roncaba en *alta voz*. Yo me aventuré á acercármele. El sombrero de alas gachas le cubría la cara. Lo aparté suavemente y reconocí..... á nuestro compañero de viaje, el oficial.

—Perdido! exclamó el dependiente belicoso.

El orador nada dijo, pero parecia tan afligido como la hilandera, que estaba volviendo á ponerse los rizos. La vieja reia larga y jovialmente. Un momento despues nos hallábamós en Washington. El oficial despertó, nos saludó con la mayor cortesía, y poco despues le vimos á la cabeza de sus muchachos subiendo por la avenida. Nadie que le vió entónces pudo suponer que hiciese tan bien el guason práctico.

UNA ESPOSA MODELO.

IV.

(FINALIZA.)

Dos años trascurieron despues de la escena que acabo de describir, y ya Carolina contaba con dos vástagos mas en el número de sus *barrigones*; un varon y una hembra, á cual de los dos mas precioso y seductor, y á quienes Dios los guarde y mal de ojo no se les haga. En aquellos dias pensaban sus padres bautizar á la última, la cual estaba resuelto que recibiese en mis brazos el primero de los sacramentos de nuestra santa madre iglesia. El nombre que iba á ponersele era el de Gerónima, vulgo *Chumba*, como recuerdo á su abuela materna, quedando el segundo á mi eleccion. Un dia en que hallándome yo en casa de Carolina ayudándola á preparar algunos objetos de la *canastilla*, y á sazón que nos encontrábamós en el último cuarto de la casa, poco menos que de *trapillo*, se presentó una de las sirvientas diciendo: —Niña, visita. Levantóse acto continuo mi amiga, se alisó el pelo, se echó una manta por encima y fué en derechura hácia la sala. Yo permanecí en el cuarto poniendo adornos á los *birreticos*.

Pasó de esto muy cerca de una hora, y viendo yo que Carolina no volvía, dije con mi natural curiosidad: —«Ah! no; es preciso que yo sepa quien es esa visita.» Y llamando á la criada, le mandé que con disimulo cerrase la puerta del primer cuarto que cae á la sala, y movida del resorte que por lo general impulsa á todas las de mi sexo, me fuí escurriendo á lo largo de los cuartos hasta colocarme detrás de la referida puerta que comunica á la sala. Desde allí, aunque no podia ver que *clase de visita* tenia Carolina, por mas que lo intenté mirando por el ojo de la cerradura, á lo menos logré enterarme de todo lo que pasó, y en verdad que no pude esperar nunca que fuese de tal naturaleza que me hiciese temblar por largo rato de piés á cabeza. Referiré á mis lectores lo que oí, con mas lo que pasó hasta la conclusion de aquel melo-drama, que posteriormente solo ha servido para hacernos reir como

d dos descosidas, á Celestina y á mí.

Apenas acababa de ponerme á la escucha, percibí claro y distintamente lo que sigue:

—Ya he dicho á Vd. otras veces, Adolfo, que en este particular no me hable V. jamás. V. no ignora que soy casada y que por lo mismo no debo ni quiero oír de boca de nadie pretensiones semejantes á la que V. tiene.

—¡Celestina! ¡Alma mia! V. me mata. Yo la adoro á V. con todo el fuego de una pasión sincera y pura.....

—¿Insiste V.? Me obligará V. á decirle que si ha de continuar visitándonos con tales aspiraciones, bien puede V. desde hoy suspender el pié.....

—¡Imposible, Carolina! ¡Imposible! No será V. tan cruel que me vea sufrir eternamente. V. es bondadosa, V. es compasiva, V. me amará algún día. ¿No es verdad, hermosa Carolina, que me amará V.?

—¡Oh que necia porfia! ¿Quiere V. no proseguir? Mire V. que me levanto.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! No es posible que sea V. tan cruel. Dígame V. una vez siquiera que me ama, que corresponde á mi frenético cariño y me hará V. feliz.

Y esto diciendo se arrojó á los pies de mi amiga, con los ojos preñados de lágrimas, en ademán suplicante y asiendo fuertemente á aquella una de sus manos.

—¡Suelta V.! ¡Suelta V.! gritó Carolina, subiendo por instantes el diapason.

—No será sin imprimir un beso en su blanca y torneada mano—balbuceó el imprudente Adolfo, acompañando el ademán á la palabra. Carolina hizo en aquel momento un esfuerzo supremo, y arrancando su mano de entre las de Adolfo que pugnaba por besarla, exclamó:

—¡Caballero! La conducta de V. ha llegado ya al colmo del atrevimiento. No quiero oírle ni verle á V. mas. Quien tan villanamente procede no debe permanecer un instante mas en mi casa.—Y montada en cólera, se abalanzó con la celeridad de una corza á la puerta de la calle, corrió el cerrojo, abrió el porton de par en par, y dijo con una entereza varonil digna de ejemplo:

—¡Caballero! Pase V. y que sea esta la última vez que atraviesa estos umbrales.

Adolfo, al ver semejante resolución, apenas acertó á tomar el sombrero para emprender el camino que le trazaba la firmeza de una esposa modelo; y tal y tan grande fué el atolondramiento del imprudente jóven, que, al cruzar por delante de Carolina, junto al quicio de la puerta, dió de bruces contra otro individuo que á la sazón iba trasponiendo el umbral en sentido opuesto. Era D. Timoteo á quien hizo rodar por el suelo el atortolado D. Adolfo, en perjuicio de su sombrero de pelo blanco y su peluca rubia, que á poco mas van á parar en mitad de la calle á aumentar el sin número de objetos inútiles y hasta asquerosos con que suelen

ofender la pública decencia algunos vecinos.

En este momento abrí yo la puerta del cuarto, lo cual me permitió ver el choque entre los dos cuerpos y la voltereta de D. Timoteo, que produjo en mí instantaneamente una pasión de risa tal, que solo pudo atenuar á los ojos del paciente la que le entró á mi amiga Carolina al ver rodando por el suelo la peluca junto con la *sorbetera* de su antiguo pretendiente y sincero amigo de la familia. La hilaridad que produjo en mí esta escena no impidió el que me sorprendiese al reconocer en D. Adolfo al jóven taciturno y de buena presencia que tanto me dió que pensar el día del bautizo del primer hijo de Carolina. D. Timoteo, como es natural, se enteró de lo ocurrido y después de reprehender la conducta de Adolfo, ofreció no darse por entendido con el esposo de Carolina, con el fin de evitar un disgusto de mayores consecuencias. No obstante, mas tarde se enteró de lo pasado Celestino, con motivo de ver que Adolfo no continuaba visitando su casa, lo cual le obligó á redoblar mas y mas su cariño hácia su esposa, y á afirmarse en la consideración de que ésta ha sido siempre y es un perfecto modelo de virtud.

La Madre Celestina.

A LA NOCHE.

SONETO.

Estiende, ¡oh noche! tu estrellado manto
Y al universo entre tus sombras vela,
Que tu silencio y soledad anhela
Quien jime preso de mortal quebranto.

En tus horas de paz, mágico encanto
Encuentra el pecho que el dolor desvela,
Y el alma triste su pesar consuela
En tu seno vertiendo dulce llanto.

Tú, que envuelves en sombra misteriosa
Las escenas de amor, y fiel amiga
Eres de la doncella pudorosa,

Calma el afán que me devora impio;
Mas ¡ay! que mi dolor no se mitiga
Si mis ojos no ven al dueño mio.

A.

SONETO.

Arroja el malacoff, que á tu cintura
Forma de crinolina una muralla,
Y la cotilla, que de opresa estalla
Y el marfilino seno desfigura.

Depon el matapollos, la negrura
Luce del pelo; sin brillante malla,
Del frances figurin salta la valla
Adornos no poniendo á tu hermosura.

Y en vez de traje de crujiente seda,
Túnica viste de delgado lino
Y fresca flor en tu cabello enreda.

Que al verte recobrar la forma humana,
Diré, que eres el tipo mas divino
Entre todas las bellas de la Habana.

Mario.

X DORILX.

Sin esperanza y sin amor, Dorila,
¿Cómo es posible que la vida ameis?
¿Cómo es posible que vivaís tranquila
Si fé en el porvenir ya no teneis?

¿Cómo es posible, cómo, que mañana
Lo mismo que hoy vivis penseis vivir,
Sin que bella ilusión, de gozo ufana,
El pecho os haga con amor latir?

¿Será cierto, decid, que ni un deseo
Abrigue vuestro hermoso corazón?
¿No sentis ni un amante devaneo
Acaso nuncio de feliz pasión?

¿No sois, Dorila, jóven? ¿No sois bella?
¿Un pecho cariñoso no abrigais?
¿No se retrata en vuestro faz la huella
De una alma bondadosa y celestial?

¿De virtud no sois vos digno modelo?
¿De dulzura un tesoro no guardais?
¿Y no, en vuestra mirada de consuelo,
Del bien la dulce imagen encerrais?

¿Por qué, pues, si tan bella sois cual buena
Sin esperanza y sin amor vivis?
¿Por qué esa abnegación, linda morena?
¿Por qué á tales encantos resistís?

¿Por qué en tan tierna edad al desencanto,
Hermosa, para siempre os entregais?
¿Por qué de la ilusión el rico manto
Con vuestra propia mano desgarrais?

¿Imagináis, acaso, que en la vida
Posible es ser feliz sin esperar?
¿Que al corazón, la fé desvanecida,
Le es dado en este mundo disfrutar?

¿Puede, acaso, existir sin esperanza,
Bien como sin amor el corazón?
¿El alma que la dicha nunca alcanza
Es justo que renuncie á su ilusión?

Yo mismo, en este instante, dentro el pecho
Benéfica su llama siento arder,
Y siento el corazón brincar deshecho
Henchido de esperanza y de placer.

Y siento revolverse aquí en mi mente,
Cual hoja que arrebatada el aquilon,
El jérmen de un amor, dulce, vehemente,
Cual pude imaginarlo en mi ilusión.

Espero un porvenir lleno de flores
Que mate la presente realidad:
Espero en el amor de mis amores,
Espero en el amor de mi deidad.

En juvenil amante desaliño
De un cielo espero la brillante luz:
Espero, apasionado, en el cariño
De un corazón modelo de virtud.

Aspiro en mis amores á un suspiro,
Del ángel que me hiciera suspirar:
Y de su hermoso corazón aspiro
A la dulzura ingénita, sin par.

¿Y vos desesperais? Sois harto impía
Siendo cual sois modelo de bondad.
Ah! no; no así penseis y al alma mia
En vuestro desencanto preguntad.

En ella encontrareis entre mil penas
Que azotan mi existencia con furor,
De dicha y de placer horas serenas
La esperanza oponiendo á mi dolor.

Y entonces, fácil es pues que sois bella
Y un corazón angélico teneis,
Que viendo la esperanza dueña de ella,
Esperanza y amor alimenteis.

Delio.

PISIOLOGIA DEL SOMBRERO.



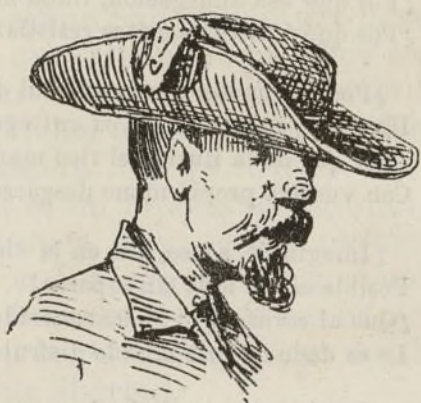
El de un pollo calaverilla.



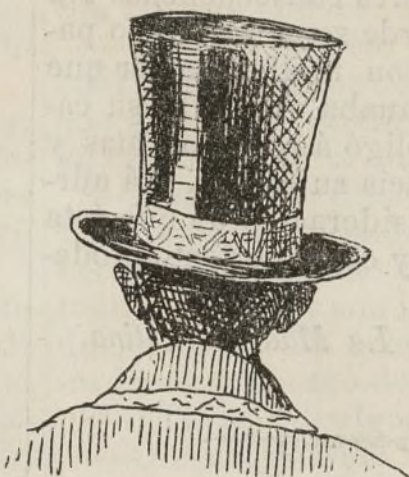
De recién casado.



Después de algunos meses de ídem.



Un sombrero que hace correr á muchos.



Calesero de buena casa.



Pesetero.



Venido en línea recta del manglar.



El sombrero de los que pagan multa diariamente.



Productos agrícolas.



Herencia de la niña.



Sombrero celestial.



Para un entierro barato.



Sombrero de las grandes ceremonias.



Dicen de Macuriges que los enfermos del partido continúan consultando con el mayor entusiasmo á la Adivina del Ranchuelo.



He aquí algunas muestras de esas curaciones portentosas.

CORRESPONDENCIA DE MADRID.

Sr. D. Junípero:

Si de golpe y porrazo le digo á Vd. quien soy, es posible, amigo mio, que no del golpe ni del porrazo, sino del susto, no se reponga en mucho tiempo. Y no piense Vd. que por ello le acusára de cobarde, ni mucho menos, pues yo soy tal que, si me parase á pensar lo que soy, de miedo echaría á correr huyendo de mí mismo hasta perderme de vista, lo cual equivale á decir que no pararía nunca.

Por mas sutil que Vd. sea de ingenio, por mas espíritu profético que posea, por mas versado que esté en las ciencias abstractas y concretas, ocultas y cultivadas; por mas que cavile, medite, discurra, se devane los sesos, se seque el cerebro, se caliente los cascos, se atormente la razon, esfuerce la voluntad, y de la cabeza á los piés ponga en juego y en veras todas sus facultades morales ó inmoraes, físicas y metafísicas; apele á todos los recursos de la astucia, multiplique la energía de la voluntad; por mas que esto, y mas que esto haga, estoy seguro, segurísimo, de que no conseguirá saber quien soy, si yo no se lo digo, y cuando sepa quien soy, no podrá imaginar lo que quiero hasta que se lo explique.

Yo soy—vaya Vd. preparándose para oirlo—un ser indefinible, sin forma y con todas las formas imaginables. Mi retrato, renuncio á hacérsele á Vd. primero, porque soy feo, muy feo, y además, porque mis facciones, mi cuerpo, mi persona, en fin, no tienen analogía ninguna con las humanas criaturas.

Mis gustos—cada cual tiene los suyos—son condenados. Me gusta ver padecer, me encanta oír llorar, me embriagan las lágrimas, me arrullan los quejidos de esos pobres ratones presos en esa inmensa ratonera que se llama mundo. ¡Qué espectáculo tan hermoso es para mí contemplar los infinitos y variados tormentos de la humanidad! Sus lágrimas son mi risa, sus ayes mis cantares, sus dolores mis únicos placeres. Francamente, soy malo, malísimo á mas no poder. Ya vé Vd. que mi franqueza corre parejas con mi maldad.

Tendrá Vd. curiosidad de saber mi historia y voy á satisfacerla. Nací de mí mismo, y escusado es decir que, siendo mi auto-padre, me mimé cuanto pude. Abandonado á mis caprichos, fuí de la misma piel del demonio. De niño jugué á la pelota con los mundos, atormenté á los hombres, me entretuve con la humanidad y la perdí. En una palabra, he jugado con la existencia, y despues de romper mi juguete, he tirado los pedazos al basurero de la muerte. Reflexione Vd. un poco y se convencerá de que con tales antecedentes mi vida es larga de contar y de que es conveniente renunciar á tan prolija tarea.

Todos los mortales me nombran, todos tienen relaciones conmigo, todos me temen, algunos me buscan. De mí se ocupan todas las teologías, á mí me inquietan todas las filosofías, y no pueden hallar mi fé..... de nacimiento, pues de bautismo no la tengo. Me han cantado en poemas los poetas y me han puesto en lienzos los pintores. Unos me han representado monstruoso y horrible; otros hermoso y aun interesante, segun sus simpatías ó preocupaciones.

Y aquí se prueba lo que son los hombres: hablan, pintan, escriben de mí, y sin embargo, ninguno me ha oído sino en su miedo, ni me ha visto sino en su ceguedad. Así obran en todo, tan atolondrados que forjan ciencias sobre mentiras, teorías sobre sombras, principios sobre visiones, doctrinas sobre desvaríos, máximas sobre aberraciones, inflamando en su torpeza la demencia con la demencia y acrecentando el error con el error mismo.

¡Si viera Vd. cuánto me tengo reído de ellos y cuánto me queda por reír!

Deseará Vd. saber cuáles son mis estudios y en dos palabras se lo diré: *sé todo*. Mi libro fué la vida, mi escuela el mundo, mi maestro la experiencia. Soy un sábio consumado, y para que no crea esto que digo jactancia de pedante, podría echar latinajos, griegajos, hebreajos, español-ajos y ajos en español, que tambien sé echarlos; podría hablarle en todas las

lenguas vivas, difuntas y moribundas, comola en que le escribo estas líneas; mencionar todas las ciencias; citar libros sin cuento y otros que son cuentos, pues todos los he leído y algunos los he dictado. Quédese este ridículo alarde para los doctores que, con gorros de colorines y cabezas negras como son las tinieblas, tratan de tapar su ignorancia con su borla y su necedad con retumbantes discursos. Yo espero que Vd. me crea bajo mi palabra, no de honor, pues no gasto tan honorífico estorbo, sino bajo mi palabra de..... pues, de quien soy, que es cuanto se puede decir.

Mi patria no está en el atlas de la geografía humana. Confina al Norte con el Dolor, al Sur con la Muerte, al Este con la Desesperacion y al Oeste con el Remordimiento: está circundada por el océano de la eternidad: sus rios son de llanto, sus montes de calamidades, sus bosques de amargura, sus campos de batalla; sus habitantes gente perdida, que yo busco y encuentro, y como tal, listos como ellos solos, y siempre ocupados en hacer diabluras. Cantan de rabia que es un gusto; blasfeman que es un primor. ¡Qué nacion y qué gentes aquellas!

Pues bien, de ese país encubierto mejor que todos los descubiertos hasta el día, soy rey absoluto sin mas ley que mi rabia, ni mas gobierno que mi látigo.

Soy, como Vd. vé, persona de calidad, como que llevo corona, empuño cetro y me asiento en trono.

Para abreviar: cuanto soy, cuanto puedo hacer, está, á manera de esencia, reconcentrado en el frasco de una palabra.

Ánimo y óigala Vd. con valor.

Soy el diablo.

No se asuste Vd., no se horrorice, cálmese y lea, que no vengo á perderle, ni á buscarle; sino á ofrecerle mi amistad.

Bien sé que la amistad del diablo le parecerá peligrosa; pero tranquilícese y no tema nada; que, cuando tantos tienen el diablo en el cuerpo y no lo sienten, al que tenga al diablo por amigo, échese Vd. á pensar si le irá bien. Hay hombres que se dan al diablo por cualquier cosa; alguna vez el diablo ha de darse á los hombres por igual motivo.

Para que Vd. se serene y confíe le diré mi nombre.

Soy Mefistófeles.

Apuesto á que al leer este nombre respira Vd. libre de la carga de su espanto.

Porque ya sabe Vd. que Mefistófeles es un buen diablo, festivo, complaciente, de genio alegre, un poco burlon y siempre dispuesto á hacer favores.

Dígalo sino el pobre doctor Fausto, á quien serví de criado. Hizo de mí cuanto quiso: era un amo incómodo, pues aquella ilimitada inteligencia nunca se cansaba de concebir, aquella vigorosa voluntad de obrar; aquel insaciable corazón de anhelar. Mucho me dió que hacer con su carácter descontentadizo y con la hambrienta voracidad de sus deseos; y sin embargo, le obedecía á la menor insinuacion. Es verdad que de cuando en cuando con una palabra mia, con una sonrisa irónica, anonadaba la grandeza de sus gigantes concepciones y hundía sus esperanzas en el abismo de la desesperacion: que quiere Vd. resabios de mi infierno, flaquezas de mi diabolismo.

El buen señor me traía hecho un zarandillo: del Walpurgis en el Brocken, tuve que saltar al Walpurgis en los campos de Farsalia, donde tuve que habérmelas con personajes estraños para mí, y que tratar con aquella gentuza clásica, y aquellos dioscellos y monstruos: con los avaros Grifos que defienden el oro de las montañas, con las Láminas que devoran á los caminantes, las Esfinges con sus homicidas enigmas, las Sirenas con sus voces sobre-humanas y sus vientres inhumanos, los Imos, los Kabiras, los Arimapsos, los Dactylos, los Pigmeos, las grullas de Ibico, y en fin, con toda esa caterva varia que conmemora la mitológica Biblia del paganismo greco-romano.

Cuando ya le ereía mio, cuando expiró el plazo del contrato firmado con su sangre, cuando fuí á pedirle su alma por salario de mis servicios, me dió un puntapié, se coló en las regiones anti-diabólicas, dándome con la puerta en las narices, y cuando con un humor de mil demonios, al verme burlado, me

preparaba á hacer con él una diablura, la lluvia mística de rosas que vertieron las místicas falanges del cielo cayó sobre mí, que sin mas paraguas que mi desdén para resistirla, me marché corrido y empapado á las tinieblas de mis abismos y á las delicias de mis eternas venganzas.

Esta aventura de mi vida, el mayor vate de Alemania la ha cantado en un poema inmortal como yo, misterioso como mi ser y como mi poder grande.

Si un desengaño enseña á un hombre, calcule Vd., señor mio, un chasco lo que enseñará al diablo.

Desde entonces conocí que había errado el camino y que debía buscar otro nuevo.

En otros tiempos disfrazado de serpiente perdí á la humanidad; en forma de becerro tenté al pueblo escogido; en figura de ídolo sometí á muchos pueblos y envilecí á muchas generaciones; en forma de filósofo embauqué á Grecia; en forma de soldado abaté á Roma; en traje de brujo, astrólogo, mago, trastorné á la edad media; en hábito de fraile he hecho tantas de las mias! Pero hoy que la malicia humana ha inutilizado al diablo; hoy que se poseen tantos medios para sustraerse de su poder; hoy que la ciencia ha descubierto sus enredos y artimañas; hoy que la demonología es familiar á todos; en fin, hoy que mi poder se estrella contra el esceptismo de los que niegan, contra la indiferencia de los que dudan, y contra la osadía de los que creen; hoy que la inteligencia terrena me ha vencido; hoy que los hombres abren los ojos de la niñez de su ignorancia; hoy que con el arma de los libros se defienden de mis ataques, ¿cómo luchar? ¿cómo vencer? ¿qué encantos emplear? ¿qué formas aparentar?

«Voto al diablo, me dije: ¡qué tontos y que listos son los hombres de hoy! Busca un remedio, Mefistófeles.» Y despues de descornarme mis dos cuernos en cavilar, me hice ésta reflexion: «los hombres se han hecho diablos; hágase el diablo hombre y punto redondo. Ya que los humanos están endiablados, los diablos deben estar humanizados.»

Tomé mi resolucion; dejé mis cuernos y me puse el sombrero de copa; dejé la espada con que protegí á Fausto, y empuñé el baston; me quité las garras de leon y me puse guantes de cabritilla; troqué mis históricas alas de murciélago, por las civilizadas del frac; me lavé la cara, me pinté de blanco, me retorcí el bigote y aquí me tiene Vd. hecho un diablo á la moda que dá gusto verme, tan apuesto y galan que no parece sino que toda mi vida he sido hombre y que salgo de los mismísimos talleres de la moda. El tiempo no pasa en valde y el diablo tambien se civiliza.

Cansado de Alemania y de las sombrías catedrales y de los laboratorios revueltos, y de los estantes empolvados, y de la gente metafísica, tomé el ferrocarril y me planté en medio de la tierra feliz donde no hay laboratorios porque todo se hace solo, ni estantes porque las ciencias están tan vertidas que no caben en tan estrechos vasos, ni filósofos, porque no hay nada que discurrir ni pensar, sino mucho que obrar; donde la gente, poco amiga de lecturas y mucho de diversiones, es bulliciosa, incauta y por tanto propia para perderse. Fácilmente deduciré por lo dicho que estoy en España.

Si, estoy en el riñon de esa península, geográficamente hablando, é isla hablando socialmente: estoy en la capital de la tierra de la sal y los toros, en la heroica villa de Madrid.

Una vez aquí instalado, pensé en la profesion que debía adoptar para pasarlo bien ó lo mejor posible, y despues de dar vueltas á todas las conocidas, y de pesarlas en la balanza de mi observacion con las pesas de mis reflexiones, he resuelto que en el siglo de la publicidad, debo ser publicista.

Mas, una vez decidido á escribir ¿qué clase de escritor puedo ser?

¿Religioso? asustarian mis heregias.

¿Moralista? escandalizarian mis libres doctrinas,

¿Filósofo? no me entenderian y esto bastaria para que me condenasen.

¿Autor dramático? la censura ahogaria mis verdades.

¿Novelista? la iglesia excomulgaria mis producciones.

¿Poeta? se respira prosa y me despreciarian.

¿Periodista político? gran carrera para llegar á todo y poderlo todo; pero hoy, ya que me he hecho diablo honrado, soy demasiado impolítico para político, demasiado franco para embustero, demasiado altivo para adulator.

Devanábame así los sesos en el laberinto de mis dudas é incertidumbres, cuando cayó en mis manos un número del periódico de Vd. Le ví, me chocó; le leí y me agradó. Hallé que en él no se exprimen las ciencias, ni se oprimen las ideas, ni se suprimen las verdades, ni se reprimen las creencias, ni se deprimen las opiniones, ni se imprimen anatemas, ni se amontonan enseñanzas, ni se debaten pequeñeces con ruidos imponentes, ni se adula, ni se pide: se rie de mucho, se burla de todo y *pax Christi*.

Al acabar de leerle, reflexioné que, pues los hombres se rien del diablo, el diablo debe reirse de los hombres.

Si, señor; ya que no puedo perder, quiero burlarme.

La mina de la burla, es tan inagotable! las fuentes de la ridiculez humana tan abundantes, que fundiendo con un poco de malicia estos dos elementos en el crisol del ingenio se puede obtener tal manantial de risa que haga desternillarse desde los adoquines de la calle hasta los redondos adoquines de carne que se llaman cabezas.

Como he decidido burlarme y reirme, ya que tanto he rabiado, le dirijo esta carta para pedir á Vd. un favor.

Siquiera por ser la primera vez que el diablo se hace pretendiente, no desoiga Vd. su pretension. Ésta es ser redactor de su risueño periódico.

Creo que será Vd. el primero que ha tenido por redactor al demonio. No desheche tal coyuntura, que el diablo sabe mucho, vé muy largo, tiene nariz muy fina, tacto delicado, oídos como las paredes que que oyen todo, astucia para descubrir, maña para averiguar, desfachatez para hablar, que á fé que no se muerde la lengua, aunque á veces sí los labios de rabia, y por fin, pluma para escribir mas de cuatro claridades.

Si Vd. acepta esta última, me pondré manos á la obra y le pondré obras á la mano.

Hay aquí tanta pequeñez política de que reirse, tanta preocupacion social que combatir, tantos tonos que retratar, tantos fátuos á que avergonzar, tantas literaturas que silbar, tantas extravagancias de que burlarse, que si Vd. acepta mi amistad y mis escritos, le enviaré artículos que ardan en un candil; revistas de España que ardan solas, sin necesidad de mas candil que el fuego de su contenido; sueltos que chamusquen el papel de su periódico, aunque yo le daré ingredientes que le hagan incombustible; epigramas que quemen, letrillas que echen chispas, noticias que achicharren á algunos. No estrañe Vd. mis fogosos propósitos: el fuego es mi elemento, soy rey de las llamas y algo he de verter en mis escritos de lo que tengo dentro del pecho y de la cabeza.

Es posible que escale á algunos de sus lectores que como gatos huyan hasta del agua fria; pero tambien quemaré la sangre á mas de cuatro que viven de quemársela á sus semejantes.

Por mi gusto escribiría con fuego; pero por educacion, pues ya soy bien educado, escribiré con tinta y un poquito de hiel, que la pondrá mas negra. Por mi deseo escribiría maldiciendo; por necesidad escribiré riendo. He sometido á tantos, que alguna vez he de someterme á mí mismo.

Espero, amigo Don Junípero, que no desechará mi oferta y seremos compañeros de burla.

De Fausto fuí criado, y como tal enemigo; de Vd. quiero ser amigo, lo cual ya es muy diferente.

Medite, contésteme, y no porque venga del infierno desdeñe Vd. la amistad y la pluma de su affmo. hombre-diablo

Mefistófeles.

UN CUARTO DE HORA ADELANTADO.

(TRADUCIDO PARA EL «DON JUNÍPERO.»)

¡Que sonrisa, que encantadores suspiros, qué hechizera confusion era la suya! Todo mi ser estaba en un tumulto de pasion, pasmo y amor.

Podria haber contemplado para siempre á esa cara, cuando un ruido me hizo dirigir la vista al espejo. Allí habia una tercera persona para completar el grupo, muy bonita, ricamente vestida, y con todo el fuego de una mujer agraviada chispeando en sus ojos. La criolla habia estado mas breve con su confesion que yo lo habia sido con la mia. Una cuarta figura se apareció despues para llenar el fondo del cuadro—el padre confesor, cuya cara no demostraba enojo ni asombro, sino la mas santificada complacencia. Ni una palabra se dijo: el todo era una pantomima, pero tan espresiva como la mejor que se haya jugado en las tablas de un teatro.

La señora y el confesor se retiraron. En la *pendule* sonó el cuarto, y yo reconocí la mano del destino. Pero resolví salvar algo y si caia, caer como César. Importuné á Adelina para que huyese conmigo, diciendole, que «seria sacrificado por la criolla; que la separarian, probablemente para siempre, de uno que la amaba; y él tambien se sentia tan miserable con esta esperanza retardada, que casi no deseaba vivir.

No era cosa facil hacer que Adelina cediese á mis deseos, pero al fin consintió á unir su suerte con la mia. Ella me dió una breve descripcion de su historia. Su tio la habia traído consigo á Jamaica, con la idea de casarla con el hijo de un rico hacendado. Pero por razones que no me quiso decir, á su llegada á la isla hizo saber que su deseo era de vivir y morir soltera. Matrimonios de mucho rango le fueron propuestos, pero ella siguió mas firme en su propósito, hasta que el Gobernador desistió de su proyecto. Bebidas, comidas y un verano caloroso, pronto privaron al gobierno de los servicios de este distinguido empleado; y Adelina se encontró sin un chelin, sin hogar y sin parientes. La huerfana se encontraba en camino, algo tortuoso, para Inglaterra, bajo el cuidado y proteccion de un español, y habian venido á Honduras para embarcarse en un transporte que se aguardaba de un día á otro.

El cuarto de hora me habia robado los cien mil pesos; y dádome en cambio amor y pobreza.

Seguir bajo el techo de la criolla era espuesto; y el hacerla saber nuestra determinacion era hacer el peligro cierto. Propuse á Adelina que á media noche la aguardaria con un bote para conducirla á la primera isla donde pudieramos encontrar un sacerdote que nos diera la bendicion nupcial. La abracé y corrí á casa para hacer los preparativos para nuestra fuga.

La deseada llegó. Desembarqué, de-

jé á los negros con los remos en sus manos, listos para volar así que tuviera la preciosa carga á bordo, llegué á la casa, hize la señal convenida, y fuí instantemente cubierto de piés á cabeza con un saco. Me resistí con la fuerza de un leon; pero, como mas luchaba mas fuertemente era atado. Grité, y mis gritos eran contestados por la risa de mis verdugos, y por una cuerda que amarraron al rededor de mi pescuezo que me dió la idea mas aproximada de ser ahorcado. Cesó la risa, y me sentí atravesando el aire con la velocidad de un pájaro. Oí el ruido de las olas y al instante sufrí un choque, que acabó de helar la poca sangre que quedaba en mis venas, y que por la humedad que iba empapando mi ropa y el gusto salado que tenia, conocí que me habian lanzado al mar. Rugí, pedí socorro, traté de romper mis ligaduras, pero todo en vano; hasta que completamente agotadas mis fuerzas, y tan miserable como puede sentirse un hombre que conoce que la muerte le está rodeando y no tiene fuerzas para huir, me desmayé ó quedé dormido; para despertar en la cámara de la fragata de guerra de S. M. B., el «Intrépido», en una mar agitada, cerca la hora del mediodia, y fuera de vista de la tierra.

Me habian encontrado flotando encima las olas á diez leguas de la costa, y no tuve ahora otra alternativa que seguir con la fragata.

Los primeros quince minutos me habian hecho perder una esposa y una fortuna, los siguientes quince me habian robado una novia que no hubiera perdido por toda la riqueza de la India, y el verme ahora conducido para participar de la mala suerte de la campaña de Nueva Orleans. Pero allí encontré mi antiguo regimiento, y recibí el grado de capitán á tiempo para conducir mi compañía contra las pacas de algodón del general Jackson, el ser herido de una bala en la pierna por un enemigo invisible, y quedar tendido en el campo hasta que los combatientes de ambas partes se cansaron de pelear.

Finalizará.

AMOR Y DEBER.

Prendado de su gracia sobrehumana, Amor me ordena que la adore ciego, En tanto que el deber, sordo á mi ruego, Leyes impone á mi pasion insana.

Quizás en igual lucha la sultana Que al alma mia arrebató el sosiego, Tambien se abrasa en amoroso fuego Aunque lo oculta á mi dolor, tirana.

¡Destino inexorable! Tu fiereza Pudiera, y nada mas, de mi delirio La llama sofocar en mi cabeza,

Y obligarme á vivir en el martirio De adorar en silencio á una hermosura Que roba un juramento á mi ternura.

Esparavan.

PARA QUE LO SEPAS.

Adorada, niña, — la de esbelto talle — y mano menuda — y sonrisa de ángel — y rostro bonito — y ojos chispeantes; — la que tiene miedo — que yo la acompañe — porque tiene en casa — un..... un..... ¡Dios te guarde! — mas tanto la quiere — que la hace que rabie — privándola fiero — de hablar con amante — y de darle citas — y otros disparates — por ir á tu lado — soy capaz de ahorcarme: — y cuenta si te hallo, — que no he de dejarte — mas que haya tormentas — y el sol achicharre — y rabie tu hermano — y tu tia breme — y tu hermana ponga — cara de vinagre — y mispiés me hieras — con tu miriñaque: — pues nada me importa — con tal de qué te hable — y puedan mis ojos — mirar tu semblante — y sienta mi brazo — rozar con tu talle. — Y aunque no me cites — por miedo á quien sabes, — en casa, en paseo, — en misa, en la calle, — en baile, en tertulia, — dó quiera que te halles, — ya quieta ó andando, — á pié ó en carruaje, — ya vayas por tierra — por agua ó por aire, — mis ojos ansiosos — sabrán encontrarte. — Y mas que te escondan — bajo cien fanales; — y lleves escolta — de lanzas y sables, — ó bien de mastines — que todo es probable, — aquellos me pinchen — y que estos me ladren, — me sajen, me tundan, — me hieran me maten — y me hagan tajadas — y las desparramen, — de todas maneras, — y en todos instantes, — ya vivo, ya muerto, — como quiera me halle, — entero mi cuerpo, — ó ya hecho quilates, — tundido, sajado, — cortante ó pinchante, — mas he de quererte, — mas he de adorarte.

JUNIPERADAS.

Mi marido se vuelve loco con los duraznos.

—Señora, permitame V. decirle que ni hay duraznos ahora, ni los duraznos vuelven loco á nadie.

—Eso dice V. porque no sabe que él los toma despues que se han vuelto brandy.

—Señora V. perdone, no habia caido en que el brandy se hace con duraznos.

Un anuncio de un periódico irlandés: "Un sordo llamado Jaff fué sorprendido por el tren correo, que lo aplastó en el acto." El año pasado le pasó el mismo accidente al pobre hombre.

La perseverancia es el puente que cruza el rio de las dificultades.

La urbanidad es como los cogines de viento, que no contienen nada, pero son cómodos.

«Las once» no es una comida, sino una ingratitud para con el almuerzo y un insulto premeditado á la comida.

Mas vale sufrir mucho que poco. Si lo primero, se busca el remedio sin tardanza; con lo segundo se llega uno á acostumbrar.

El hombre jamás está satisfecho: despues que le rompen la crisma á palos, va á los tribunales para que se la acaben de romper á pleitos.

—El matrimonio es una aventura.

—Sí, como la de los yangüeses.

El papel de mas circulacion en los Estados-Unidos es el del Secretario Chase; es muy leal y sostiene los intereses de la administracion.

Sing-Sang perdió un perro y encontró el rabo frente á la mesa de chorizos de un paisano suyo, cuyo descubrimiento le hizo esclamar, viendo los rellenos y dándole vueltas al rabo: «Yo no digo nada de esos chorizos, pero apuesto á que sé dónde está mi perro.»

—Diga V., maestro, ya V. no pertenece á la cofradía? —No señor, este año no. —Y por qué? —Pues se lo diré á V., *Don Junípero*, me contestó asentando la navaja en la palma de la mano; yo entré de buena fé, dí mi media onzay me llamaban el *hermano Sanchez*; un año despues no pude pagar y me llamaban *señor Sanchez*. ¡Le incomoda á V. la navaja, *Don Junípero*. —Oh! no, está bien. —Pues señor, este año que me ha caido una pobreza de perros me llamaban el *pardo Sanchez*, y me dió rabia y no he vuelto.

Un editor ruega á sus suscritores que los que le deban mas de seis meses le envíen una trenza de sus cabellos, para saber que aun viven. El hombre pensará meteree á peluquero.

—Mamá, ¿por qué me dijo V. que no hablase de las narices de *Don Felipe* si él no tiene narices.

Don Felipe se hizo el desentendido y á la mamá le dió tos.

Desde el hombre hasta la piedra todo solitario gusta á las mujeres.

Juan Perales se estaba muriendo; mas deseoso de dejar sus asuntos arreglados, llamó á su mujer, que era bonita y jóven, y le dijo: Oyeme, Juana, con atencion, cuando yo me muera, deja pasar un poco de tiempo como lo exige la decencia y luego cástate con el regente de la fábrica, que es un buen hombre. —Jesus, Juan, no pienses en esas cosas. —Es preciso. —Pues si ya lo tenemos eso convenido.

La mas importante de las tormentas en la primavera y en el matrimonio, es la primera; todas las demás se pueden afrontar con buen ánimo.

Hablaban el ministro (ó cura) de Hoboken y el tabernero su vecino sobre el nombramiento de *Martin Van Buren* para ministro de Inglaterra y el tabernero dijo por alhagar al cura: «¿Qué ministro, ni ministro, si ese hombre jamás ha sabido predicar!»

Hay en Filadelfia una señora tan estricta en sus ideas puritanas sobre la guarda del domingo, que no puede tolerar que las gallinas pongan en dicho dia.

Cuando estoy triste, mi jardin me consuela con sus flores y si no me consuela, llora conmigo lágrimas de rocío.

—¿Y tú eres hijo de matrimonio, Gregorio?

—No, señó, yo soy hijo de señó *Pedro Patiñez*.

Dice un diario que el hombre murió sin los socorros del arte. Lo contrario es lo mas comun.

Dos errores de imprenta.—Cuando te cases, hazlo con una mujer voraz y que dé honra á tu familia.

No observes la dieta con exceso; mira que nuestros primeros padres vivian á la intemperie.

LA VIOLETA.

EN UN ALBUM.

Si del vergel magnífico
La flor mas bella anhelas,
Para en tu seno cándido
Llevarla cual presea,

De la amapola fúljida
Que mece el alma inquieta,
Desprecia el rojo pétalo
Emblema de soberbia.

Y busca flor purísima
Que, oculta en la floresta,
Al aire arroja insólita
Perfumadora esencia.

Sobre tu pecho tímido
Coloca una violeta,
Por que esa flor es símbolo
De tu virtud modesta.

Mario.

LOS RISARELLIS.

Hoy y mañana dan funcion estos célebres funámbulos y son las tales funciones como de despedida, pues tenemos entendido que salen para la Península en el vapor-correo del 30.

ZARZUELA.

Se están haciendo las diligencias necesarias para formar una compañía, en la que, segun informes, figurará la simpática señora *Mur*.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 22